



DECLARACIÓN DEL FRENTE COMÚN TLALTELES

Chalco, Estado de México

Julio de 2026

A la opinión pública y a las autoridades de la región:

El agua no miente. Donde hay vida, hay agua. Donde hay agua, hay comunidad, hay historia, hay futuro.

Durante siglos, los pueblos del Valle de México supieron esto mejor que nadie. Construyeron civilizaciones sobre el agua, sembraron sobre el agua, se reconocieron en el agua. Lo sabían porque su vida dependía de ello: sin agua no hay vida, y cuidar el agua era cuidarse a sí mismos. El sistema lacustre de la cuenca les proveía de abundante agua para fecundar la tierra y hacer crecer sus alimentos durante todo el año; ellos, a cambio, respetaban y procuraban el precioso equilibrio de los ciclos naturales. Vivir no significaba vivir sobre o contra la naturaleza, sino en ella y con ella.

El Chalco de nuestros abuelos era todavía heredero de esa sabiduría. Sus campos guardaban cincuates, cacomixtles y tlacuaches. Sus cielos, cardenales, garzas y golondrinas. Sus afluentes, agua limpia. Sus árboles, memoria centenaria. Las personas nacían, crecían y envejecían en comunión con un territorio que conocían y que las reconocía. Ese conocimiento era la expresión de una relación profunda y recíproca con la tierra que habitaban.

Unas pocas generaciones han bastado para romper ese equilibrio.

Desde principios del siglo XXI, un proceso de urbanización acelerada y sin planificación ha llevado a nuestro municipio a casi duplicar su población en poco más de veinte años. Lo que nos vendían como desarrollo, con sus fraccionamientos y unidades habitacionales, no ha

dejado sino una estela de pobreza, degradación y despojo. Los verdes han dado paso a los grises del concreto y la contaminación. El campo desaparece bajo la varilla y el asfalto. Las zonas de recarga hídrica han sido devoradas por fraccionamientos irregulares que nadie ha detenido. El desbordamiento de la mancha urbana no solo ha significado un cambio radical en los modos de vida, sino también una mayor demanda de recursos naturales que nuestro territorio ya no puede sostener, ni para quienes llevan generaciones aquí ni para quienes llegaron buscando un lugar digno donde vivir.

Las consecuencias no han tardado en aparecer y están a la vista de todos.

Los pozos de agua potable se sobreexplotan mientras hay colonias enteras que carecen de este servicio básico. La pérdida de suelos y zonas arbóreas ha reducido drásticamente la capacidad de retención e infiltración del agua, afectando la recarga de los mantos freáticos. El suelo se hunde bajo el peso de tanta extracción. Y las inundaciones, lejos de ser eventos excepcionales, se han vuelto cada vez más frecuentes y devastadoras. La advertencia más dolorosa de lo que nos espera si no actuamos han sido las inundaciones que azotaron las colonias de Culturas de México y Jacalones en 2024: cientos de familias estuvieron obligadas a vivir durante más de dos meses bajo aguas residuales y pluviales, perdiendo en horas patrimonios construidos con toda una vida de trabajo y sacrificio. No fueron las únicas: Los Héroes, Pueblo Nuevo, San Martín Cuautlalpan y Miraflores también padecieron inundaciones significativas. Si no hacemos algo, será cuestión de tiempo que eso se replique como un denominador común a lo largo y ancho del municipio.

El agua reclama sus antiguos caminos. Y nosotros no podemos ser indiferentes.

Esto no es una fatalidad ni un designio inevitable. Es el resultado de decisiones políticas que pusieron el negocio inmobiliario por encima del derecho a vivir dignamente, sacrificando el largo plazo en el altar de la ganancia inmediata. Y esto puede y debe revertirse. Todos tenemos algo que aportar: la comunidad organizada, los académicos, los activistas, y también las autoridades que hoy tienen la posibilidad de rectificar el rumbo. La pregunta no es si hay voluntad de cambio: es si hay determinación para actuar antes de que sea demasiado tarde.

Por eso nos organizamos. Porque no basta con construir colectores. No basta con perforar más pozos. Necesitamos retener, infiltrar y reutilizar el agua. Necesitamos transformar la

forma en que la entendemos y nos relacionamos con ella. Necesitamos humedales y territorios vivos.

Por eso proponemos el Corredor Biocultural Ayaqueme-Tlalteles: una iniciativa surgida del diálogo entre comunidades, académicos y activistas para preservar y articular espacios cerriles, forestales, agrícolas, arqueológicos y palustres en aproximadamente 15,407 hectáreas del suroriente metropolitano. En el corazón de esta propuesta se encuentra la conformación de un sistema de humedales de recarga hídrica en aproximadamente 300 hectáreas de las antiguas llanuras lacustres de la región, que permitiría infiltrar agua pluvial y residual tratada hacia el Acuífero del Valle de México, uno de los más sobreexplotados del país. Esta solución de infraestructura verde, a un costo significativamente menor que cualquier obra hidráulica convencional equivalente, permitiría mitigar las inundaciones, detener el hundimiento del suelo y construir una fuente de agua sostenible y renovable para las comunidades de la región.

Pero el Corredor no es solo una obra. Es una apuesta por una forma distinta de habitar el territorio: pasar de la regularización reactiva, que llega siempre tarde y siempre a reparar lo que ya se rompió, a una planificación que se anticipe, que cuide antes de que haya que remediar. Eso tiene que traducirse en una nueva manera de gestionar el crecimiento urbano en toda la región: una que ponga el agua, el suelo y la vida por delante, y no como un problema a resolver después.

El proyecto complementaría además el eje hídrico sur de la Ciudad de México y representaría una oportunidad estratégica para toda la zona metropolitana. Sus beneficios van más allá del agua: la captación de carbono, la preservación de la biodiversidad y la regulación del clima local harían de este corredor un bien común para los más de 22 millones de habitantes que comparten esta cuenca.

Sin una figura jurídica de protección, este territorio y su patrimonio corren el riesgo de desaparecer de manera definitiva. Entre lo que está en juego se encuentra el sitio arqueológico de Los Tlalteles, una de las cunas de la cultura Chalca y nodo de intercambio del Valle de México desde tiempos prehispánicos tempranos, que hoy enfrenta una amenaza inminente por obras de lotificación. Perder Los Tlalteles sería perder una parte irrecuperable de lo que somos.

Nosotros, sin partidos políticos, haciendo de nuestras voces una sola voz y de nuestros brazos un solo brazo, elegimos trabajar por el futuro de nuestros pueblos: hacer que las cosas pasen, construir el horizonte que queremos ver, cuidar lo que hemos sido por generaciones y generaciones.

Decimos sí al desarrollo, pero a un desarrollo con justicia ambiental, económica y social. Ese es el único desarrollo posible para nuestros pueblos, el único desarrollo posible para nuestro planeta.

Porque sin agua no hay vida. Y sin vida no hay nada más que defender.

¡Agua, tierra y vida para todos!

Frente Común Tlalteles

Comunidades, colectivos, académicos, activistas y habitantes
comprometidos con la defensa del patrimonio biocultural
de la región